

**Mi General,
Oficiales, Suboficiales, Damas y Caballeros Legionarios,
Señoras y Señores.**

Artilleros todos:

Según Acuerdo de la Regencia, de 7 de Julio de 1812, y para perpetuar la memoria de los Capitanes de Artillería Don Luís Daoíz y Torres y Don Pedro Velarde y Santillán, muertos gloriosamente el 2 de Mayo de 1808, se dispuso entre otras cosas que:

“Todos los años se hiciera un elogio de aquellos Capitanes ante los Caballeros Cadetes, a fin de estimularles a imitar su ejemplo, mostrándoles el camino que deben seguir para hacerse dignos de la honrosa profesión de defensores de la Patria”

Además, es tradición, que en todas las Unidades Artilleras, uno de sus Capitanes rememore los hechos acaecidos aquel 2 de mayo, tratando de extraer las consecuencias éticas, morales y profesionales en la denominada “lección del 2 de mayo”.

Desde enero de 1805 una débil España, dirigida por el primer ministro Manuel Godoy, había establecido una forzada alianza militar con la Francia napoleónica. Napoleón Bonaparte deseaba unificar políticamente el continente europeo bajo la hegemonía francesa.

Tras la derrota de la alianza franco-española en Trafalgar frente a los ingleses, Napoleón obliga a España a consentir la entrada de un Ejército francés para la invasión de Portugal, aliado inglés.

Sucedan entre tanto el Motín de Aranjuez, la caída de Godoy y la abdicación de Carlos IV en su hijo Fernando VII. Estos hechos son aprovechados por Napoleón para ofrecer la ayuda de su Ejército en la capital española, como aliado para restaurar el orden, pero en realidad se trata de un movimiento más en su intento soterrado de añadir a España y sus colonias al Imperio Francés.

De esta manera el Mariscal Murat, Duque de Berg y Jefe supremo del ejército napoleónico en España, hace su entrada en Madrid al mando de un Cuerpo expedicionario compuesto de 3 Divisiones de Infantería y una División de Caballería y Artillería. En total unos 30.000 hombres.

La insolencia de la soldadesca francesa, sumado a las numerosas revistas y demostraciones de fuerza organizadas por Murat dentro de la ciudad, provoca el enojo del pueblo ante estos indeseados y molestos huéspedes.

El Capitán Velarde era Secretario de la Junta Superior Económica del Cuerpo de Artillería, afecta al Estado Mayor establecido en Madrid. Algunos componentes de esta Junta, entre los que se encontraba Velarde, no eran ajenos a las verdaderas intenciones de Napoleón. Y así se dio forma a un Plan para organizar una defensa de España ante la inminente ocupación. Este Plan no encuentra el apoyo de los Mandos superiores, cuyas órdenes claras son colaborar con el ejército francés como amigo y aliado.

Por su parte el Capitán Daoíz ostentaba el puesto de Comandante de la Batería guarnicionada en el Parque de Monteleón. Dicho parque constituía el principal almacén de armamento y pertrechos en la villa.

Valiéndose de argucias y artimañas Napoleón engaña a Fernando VII, y consigue sacar de España al Monarca, así como a su padre Carlos IV y al anterior primer ministro Godoy. En su intento por tener bajo su poder a toda la familia real española y conseguir forzar una abdicación en su hermano José Bonaparte, solo le resta sacar de Madrid a María Luisa de Borbón y los Infantes. Hecho que está a punto de producirse la mañana del 2 de mayo, y que supone la chispa que enciende la cólera del pueblo de Madrid.

Esa mañana dos coches esperan a la puerta de Palacio para transportar a lo que queda de la familia real, solo unos pocos espectadores lo contemplan. Una voz exclama ¡Traición! ¡Se llevan al Infante! Este grito corre de boca en boca y la muchedumbre empieza a agolparse a las puertas de Palacio.

Las noticias llegan hasta Murat, quien manda a Lagrange para que le informe de primera mano, a la vez que prepara un Batallón de Granaderos para intervenir en Palacio si fuera necesario. El gentío al ver aparecer el pomposo uniforme francés de Lagrange, abriéndose paso con malos modos, redobla sus gritos de ¡Traición! e intenta aniquilar al Oficial francés que es salvado por un Oficial español de la Guardia de Corps y puesto a salvo.

El Batallón de Granaderos llega a las puertas de Palacio, coloca dos piezas de Artillería encañonadas hacía el gentío, y se prepara para realizar una descarga de fusilería. El pueblo lejos de amilanarse increpa a las tropas francesas. Sin mediar palabras ni intermediación alguna se produce la primera descarga sobre el pueblo de Madrid, muchos huyen presas del pánico, pero otros tantos corren a armarse. El levantamiento ha comenzado.

Murat, a quien no ha sorprendido lo sucedido y ya tenía alertadas a sus tropas, ordena converger sobre el centro de Madrid a todas las fuerzas que tenía acantonadas en sus alrededores. Por su parte los sublevados deciden acudir al único almacén de armamento en la Villa, el parque de Monteleón.

En el parque, se encuentra desde muy temprano el Teniente de Artillería Arango, que tiene órdenes de sus superiores de no permitir la entrada al paisanaje, y de no intervenir en los posibles tumultos. También se encuentra en el parque desde hace días, un destacamento francés con la misión de controlar y defender el almacén de un asalto popular. Arango consigue convencer al Jefe del destacamento francés para no abrir fuego frente a la multitud que empieza a congregarse frente a las puertas, a la vez que, sin que los franceses se percaten ordena a la disminuida guarnición española que preparen fusiles y cartuchos de cañón “ante lo que pueda pasar”.

Al poco llega al parque su Comandante el Capitán Daoiz, quien sigue con las directrices que le ha transmitido Arango fiel a su disciplina militar, no sin honda preocupación pues ya intuye el fatal desenlace.

Entre tanto, en la Junta de Artillería el Coronel Falcón discute acaloradamente con Velarde “**¡Hay que Batirse! ¡Hay que defender**

a España!” Grita el Capitán y sale en dirección al cuartel de Voluntarios del Estado, seguido únicamente por dos escribientes. Al llegar al mismo encuentra a su Coronel reunido con sus oficiales que están deseosos de unirse al clamor popular. El Coronel permanece fiel a la orden dictada por el Mando, pero convencido por Velarde decide mandar a una Compañía de Voluntarios al Mando del Capitán Goicoechea para reforzar la guarnición española en el parque, pero con la estricta orden de no participar en los tumultos ni ofrecer las armas al pueblo.

A su llegada al parque, el gentío irrumpe en aplausos y vítores. Velarde entra en el parque y sin mediar palabra la emprende contra el jefe de la guarnición francesa. Con un hábil engaño le hace creer que más fuerzas españolas se encuentran de camino al parque y consigue que se rinda. Los Voluntarios del Estado quedan encargados de su custodia.

Se produce entonces un verbal enfrentamiento entre los dos Capitanes, Daoiz más antiguo y al mando del parque, y Velarde que se encuentra exaltado por la situación a la que se está enfrentando el pueblo. Daoiz argumenta agitando la orden transmitida, Velarde le exige que cumpla con el compromiso adquirido, ambos capitanes estaban involucrados en el desafortunado plan de defensa, hasta que Daoiz le responde “el plan se ha ido al traste, nos han dejado solos Pedro”.

Tras estas palabras Daoiz sale al patio y pasea meditabundo, en su interior se enfrentan las voces del pueblo pidiendo armas y su deseo patriótico de unirse a ellos, con su férrea disciplina militar, la orden de no intervención, y el conocimiento de que ningún cuartel se unirá al pueblo y el fatal desenlace se encuentra decidido de antemano. De pronto sus sentimientos encontrados deciden, deshace entre sus manos la orden recibida y sacando su sable ordena: “**las armas al pueblo...¿no son nuestros hermanos?**”.

Los madrileños entran en tropel en el parque, la mayoría una vez armados se dispersan por las calles, unos pocos se quedan para colaborar en la defensa del Parque. Este está situado en el lugar menos adecuado para una defensa, circundado por una simple tapia y rodeado por edificios en tres de sus lados.

Daoiz manda colocar los cañones en el patio y apostar vigías en los balcones de los edificios. Pronto estos avisan de la llegada del enemigo. El Teniente Jacinto Ruiz Mendoza, que pertenecía a la Compañía de Voluntarios del Estado sale de sus filas para unirse a los sublevados, Daoiz lo pone a cargo de uno de los cañones.

Las primeras tropas francesas en llegar son el Batallón de Westfalia, que avanza ignorante de lo que ha tenido lugar en el parque. Se disponen a forzar la puerta cuando Daoiz da la orden de Fuego. Los cañones disparan atravesando la puerta y causando gran mortandad entre los franceses, al tiempo que los vigías de los edificios colindantes abren fuego. La sorpresa consigue que los franceses se retiren.

Daoiz aprovecha la pausa para colocar estratégicamente dos cañones fuera del parque, servidos por artilleros y protegidos por los paisanos que han quedado en la defensa.

Los franceses se reagrupan y vuelven al ataque. El enemigo no consigue avanzar y la lucha se convierte en un furioso y continuo intercambio de disparos. Se incorpora al asalto el 4º Regimiento de la División Musnier, atacando ahora los franceses desde diversos puntos. El Teniente Ruiz cae malherido.

Los franceses hacen un intento en columna cerrada, que bajo las órdenes del Coronel Montholon avanza hacia el parque. Están muy cerca de su objetivo cuando por una de las calles aledañas aparece un heraldo gritando y agitando un gran pañuelo blanco, y ambos bandos cesan el fuego. Se trata del Capitán Melchor Álvarez que comunica a Daoiz que el Gobierno le ordena cesar la lucha inmediatamente. El parlamento es aprovechado por los franceses para efectuar un movimiento sospechoso, que es respondido por las filas españolas abriendo fuego, muchos franceses huyen y otros incluyendo su Coronel son hechos prisioneros. Se ha conseguido rechazar el ataque.

Murat es informado de los acontecimientos y monta en cólera, y ordena al General Lagrange que acabe con la resistencia sin contemplaciones. La Brigada Lefranc se une a un nuevo ataque.

Lagrange manda apostar sus cañones y protegidos por el fuego de éstos manda avanzar a sus columnas, unos dos mil hombres. Será el último y definitivo ataque.

Daoiz es herido en un muslo, pero continúa en su puesto. Velarde consigue que algunos voluntarios se incorporen a la lucha, pero es alcanzado por un disparo que acaba con su vida. Los españoles, sin municiones, cargan los cañones con piedras de chispa que actúan como metralla, pero las columnas francesas avanzan ante el fuego sin que nada les frene y consiguen finalmente llegar hasta los cañones, matando a sus artilleros y entrando en el parque a sangre y fuego.

La defensa del parque ha durado unas tres horas, pero ha movilizadado a numerosas fuerzas enemigas y causado, entre muertos y heridos, unas mil bajas.

El resto de la ciudad, no corre mejor suerte, y por doquier las tropas francesas barren las calles tomando represalias contra las personas y los edificios, saqueando cualquier vivienda sospechosa de haber colaborado en la revuelta y matando a sus ocupantes.

El General Lagrange entra en el parque y se encara con Daoiz con malos modos, este incapaz de soportar sus insultos echa mano de su espada y consigue herir al francés, pero un soldado lo atraviesa por la espalda con la bayoneta causándole una herida mortal. El artillero será conducido a su casa donde morirá al poco. La Compañía de Voluntarios abandona el recinto sin ser molestada, llevándose el cuerpo del Teniente Ruiz herido de gravedad. Este consigue permanecer oculto los días posteriores evitando las represalias francesas e incluso fugarse de Madrid, pero sus heridas se agravarán y fallecerá al año siguiente.

No correspondió a la nobleza, ni a la clase dirigente, ni siquiera al ejército, sino al pueblo llano, a las clases más bajas y a una reducida clase media, incapaz de doblegarse ante el yugo francés, iniciar la gesta que desencadenó la posterior Guerra de la Independencia y la expulsión definitiva del Ejército invasor. Ellos son los merecidamente llamados héroes del 2 de mayo.

Los hechos narrados, con la personalización en los Capitanes Daoiz y Velarde, nos muestran como los valores de patriotismo y lealtad al pueblo fueron capaces de imponerse al comportamiento servil y cobarde de la clase dirigente.

En una sociedad que no puede sustentarse en la falta de valores, ejemplos como los hechos del 2 de mayo, ponen de manifiesto el camino a seguir en nuestra voluntad de servicio a España.

La entrega hasta el último sacrificio, el amor a la Patria, la lealtad al pueblo, y la asunción de la responsabilidad inherente al puesto que se ejerce, deben ser las guías que, junto con nuestro Credo Legionario constituyan la base para ejercer nuestra profesión.

En su recuerdo y para que nunca queden en el olvido...

**CAPITANES DAOIZ Y VELARDE!!!!
COMO PRESENTES!!!!**

**Y MUERTOS GLORIOSAMENTE POR LA LIBERTAD DE
LA PATRIA, EL “2 DE MAYO DE 1.808”.**

